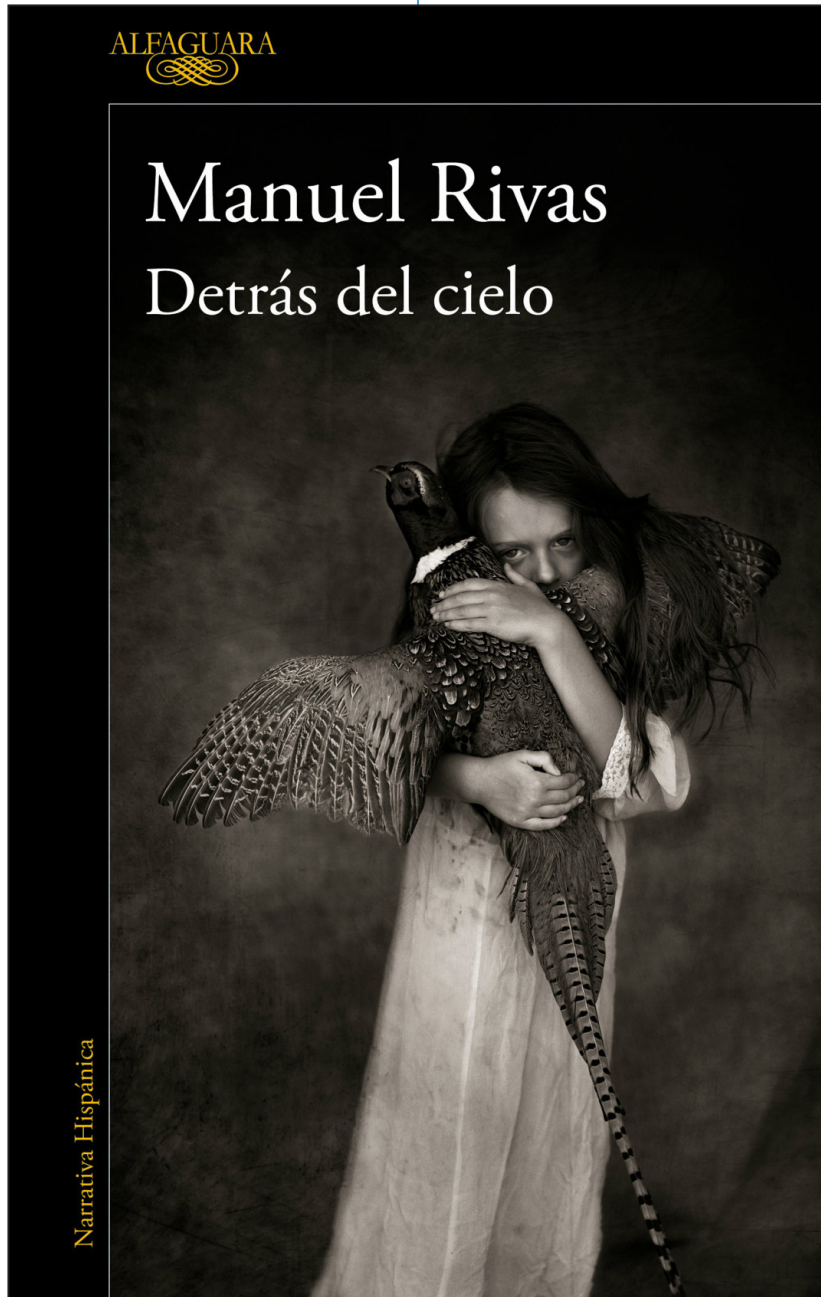




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Es muy temprano y una niebla espesa lo cubre todo. A pie del monte, solo se oye el graznido de los cuervos y las voces de seis cazadores que hacen los preparativos para la batida mientras aguardan que, con suerte y un golpe de brisa, el tiempo mejore. Los une la camaradería, los negocios, las ansias de poder y un objetivo en común: cazar al Solitario, un jabalí albino que ha sembrado el miedo en los bosques de la comarca de Tras do Ceo y al que se le atribuye la muerte de otro cazador. Tras las huellas de este animal huidizo y legendario, los hombres se adentran en el monte guiados por Estanis, su líder, y por su escudero, Dombodán, el más joven del grupo y el que mejor conoce ese territorio agreste en el que, a diferencia del resto, se ha criado.

La niebla aún no se disipa cuando unos gritos de auxilio los conducen por un sendero escarpado hasta dos excursionistas, una madre y su hija joven, que han sufrido un accidente y, a punto de caer por un barranco, son socorridas por ellos. Una vez a salvo en el refugio de los cazadores, tienen una conversación que empieza como un intercambio cordial, informativo, y vira hacia una discusión cada vez más tensa entre la chica y Estanis, hasta que la violencia verbal estalla y

las mujeres, atónitas ante la deriva agresiva del encuentro, deciden marcharse rápidamente de allí. Ellas se van pero en el aire queda el orgullo herido, una crispación que, a diferencia de la niebla, no se disipa. Fuera, sin embargo, por fin escampa, comienza la batida y, según lo previsto, el Solitario muere por un disparo del peor cazador de la cuadrilla, un cirujano convertido en héroe involuntario de una jornada que, a medida que transcurre, se va cargando más y más de frustración, ira y brutalidad.

Los episodios que se suceden a lo largo de este día los cuenta Dombodán, un personaje desquiciado y lúcido a la vez cuyo relato nos lleva también a la memoria familiar y los recuerdos dispersos de un medio rural devastado. Y de allí, al club Edén, el prostíbulo donde hasta hace poco trabajaba como jardinero pero al que, desde que la policía precintó el local y detuvo a su propietario, ahora solo va para cuidar el huerto y los secretos que se esconden bajo tierra. Una tierra que ha vivido la corrupción y la depredación social y natural, nacidas todas ellas de la voluntad de dominio de los hombres que impera desde hace años en Tras do Ceo, un mundo que se asemeja demasiado a este en el que vivimos.

CLAVES DE LA NOVELA

Poeta, novelista, ensayista y periodista, Manuel Rivas es, sin duda, una de las voces más destacadas de las letras gallegas, y también un autor que ha sabido moverse entre géneros diversos, desbaratando sutilmente sus límites y encontrando en el proceso algo poco habitual: un registro propio, singular. Nueve años después de la publicación de *El último día de Terranova*, y tras la aparición de volúmenes de relatos y poesía y algunos ensayos, Rivas regresa a la novela con una historia que se adentra en el terreno del noir, entre crímenes, secretos infames y una atmósfera tan tensa y espesa como el manto de niebla que cubre Tras do Ceo al amanecer. Pero si hay algo que inscribe a *Detrás del cielo* en el género negro, no es tanto esta batería de ingredientes administrada con astucia, sino la capacidad de contar el crimen y, en ese acto, terminar contando una sociedad, como dice una cita de Paco Ignacio Taibo II que sirve de iluminador epígrafe de la novela. Imaginación y realidad no son, al fin y al cabo, dimensiones contrarias para un autor que,

como él mismo explica, concibe la literatura, al igual que el periodismo, como el lugar de los porqués: un espacio desde donde pensar el mundo e indagar en sus zonas más sombrías a través de esa lente de precisión en la que puede transformarse la ficción.

Los preparativos para una batida de caza que tiene como objetivo una presa mítica cuyos crímenes exigen ser vengados, dan inicio a una obra que transcurre en un territorio que pertenece al orden de la ficción pero que, con sus luces y sombras, y sus bosques, sus peñascos y su mar, se revela como un trasunto de una comarca gallega y, en gran medida, del mundo que habitamos. De los acontecimientos que tienen lugar a lo largo de la jornada de cacería a los días en que el club Edén aún tenía sus puertas abiertas, pasando por los fragmentos de una memoria rural, el relato de Dombodán zigzaguea en el tiempo, mezcla presente y pasado, las voces de la cuadrilla y aquellas más familiares —el padre, la madre, el padrino— que resuenan todavía en su

mente aunque su entorno ya no sea exactamente el mismo. Entre saltos temporales y giros narrativos, Dombo no lo cuenta todo, o lo cuenta, mejor dicho, desde su subjetividad y desde el conocimiento que tiene de todos los rincones de Trás do Ceo y de aquellos que lo pueblan. Es allí donde se van trenzando los hilos de una narración que, deshecha su linealidad, deja al descubierto la deriva de una comarca que huele a pequeño infierno, y en la que la codicia humana deviene en dominación, explotación, depredación y el paulatino declive de especies, saberes y valores.

EL OCASO DE UN MUNDO

Un Oficial Mayor, un constructor, un contrabandista, un cabo de policía y un empresario, todos metidos en negocios sucios, todos queriendo enriquecerse a costa de la tierra y sus habitantes, todos ávidos de poder, son algunos de los personajes que desfilan por las páginas de una novela en la que están representados diferentes eslabones de un entramado económico que se sustenta en la compra y venta de tierras, el tráfico de mujeres, la explotación sexual, el narcotráfico y la corrupción. En una obra de ambientación rural, paradójicamente, la ganadería y la producción lechera forman parte de un paisaje pretérito cuya historia se reconstruye siguiendo el hilo sinuoso de la memoria del narrador. La mecanización de la granja y la venta de unos terrenos de la familia de Dombodán, que se destinan a la construcción de una gasolinera y un complejo hos-

telero —fachada de un prostíbulo—, ilustran el proceso de transformación de un medio que lleva décadas despo-blándose y vislumbrando su extinción. Una extinción que conlleva la desaparición de aquellos saberes populares que, vinculados a la tierra, la vida, la muerte y una ética del mundo, Dombo escucha en boca del viejo Mundi y hereda de figuras como sus padres y su padrino. Rodeado de hombres venidos de la ciudad, el único poder que este personaje ostenta sobre los otros es su conocimiento: saber calcular la duración de la niebla, reconocer el canto de un pájaro y el rastro del Solitario, conocer cada sendero o lograr escuchar el sonido de la hierba cuando crece. Y puede que él conozca mejor que todos ellos el escenario natural en el que transcurre la batida, pero a la hora de dominar al otro, sea cual sea su especie, en *Detrás del cielo* el instinto predador se desvela como una herramienta afinada, peligrosa, que surge de la codicia, del afán de poder y de una violencia que cobra varias formas y rostros.

DEPREDADORES

Convertido en una suerte de monstruo salvaje y despiadado gracias a los rumores y las noticias falsas que proliferan en Trás do Ceo, el Solitario es una presa escurridiza, rara en su especie: un animal con quien medir la valentía, la fuerza y, en definitiva, la hombría entendida como la capacidad que cree ostentar la mitad de la población de doblegar a la otra mitad y a una naturaleza con la que se está en

guerra. La caza es uno de los temas que atraviesa la novela y la discusión entre Estanis y la joven excursionista, uno de los puntos álgidos del relato. Los jabalíes, los urogallos, los lobos o los cuervos no son las únicas criaturas amenazadas en una obra que habla también de la caza del ser humano por sus semejantes y de la depredación como una manifestación más de posesión y dominio. En los bosques de la comarca, los accidentes de caza ocurren con frecuencia —y más si es domingo, aclara Estanis—, los hombres mueren en extrañas circunstancias y, si es necesario, los animales cargan con la culpa de unas muertes que nadie parece demasiado interesado en esclarecer. Mientras, en esas tierras que, fruto de la voracidad de unos pocos, van dejando de ser nada más que granjas, monte y campos de pastoreo, una red de tráfico de mujeres despoja a las víctimas de papeles, libertad y voz, y las reduce a ser un trofeo más de los hombres. De un espacio a otro, Dombodán actúa como testigo, y en ocasiones partícipe, de la violencia y la crueldad que proliferan en un mundo concebido por los hombres a la manera de un campo de batalla. Fiel a una lección paterna, él escoge estar del bando de aquel a quien es mejor no tener de enemigo, aunque la confianza en Estanis va menguando a medida que la batida de un jabalí cede paso a una persecución perversa de humano a humano. En los acontecimientos de la jornada condensa la expresión más cruda, bestial, del dominio masculino.

UN REFUGIO EN EL EDÉN

Para una de las chicas que trabaja (que está esclavizada, en realidad) en el club Edén, el mundo luce como una esfera espinosa hecha de tallos de zarzas. *Detrás del cielo* encuentra las metáforas para nombrar una realidad que, bajo la lógica y voluntad de los depredadores, se halla en frágil equilibrio, más cerca de volverse infierno que un agradable paraíso. En manos de Manuel Rivas, el noir vuelve la vista hacia lo rural y el medioambiente, y contando un crimen, o varios, nos habla de abusos de poder, devastación y extinciones. Su novela, sin embargo, no se agota en el retrato más oscuro y pesimista de una comarca imaginaria que se intuye universal, porque a lo largo de la historia, aquí y allí surgen también formas de resistencia, y un enclave infernal como el club puede mutar en arcadia por acción de las redes de solidaridad y comunidad que construye un grupo de mujeres. A través de estas figuras femeninas, o de personajes como el padrino de Dombo y el viejo Mundi, la ternura, el afecto, el humor, lo insólito y la desobediencia se abren camino, resquebrajando a su paso el entramado de poder tendido por los hombres. Porque, en la estela del noir, la literatura brinda la posibilidad de explorar los aspectos más brutales de una sociedad, aquellos a los que otras formas de escritura no consiguen acceder; pero puede ser también, como nos demuestra *Detrás del cielo*, un resquicio desde donde alumbrar otros modos de habitar el mundo.

LOS PERSONAJES

DOMBODÁN

Hijo menor de una familia de granjeros, el narrador de esta historia puede mostrar al mismo tiempo sagacidad, inocencia y trastorno. De su padre ha aprendido las reglas básicas de supervivencia en un mundo donde conviene deshacerse de principios y aliarse con el más fuerte, aunque éste solo te necesite como escudero y «chico para todo», y te quiera como a un perro. Pero Dombodán guarda dentro también otros saberes, aquellos que le ha transmitido el Otro, su padrino, y que le han enseñado el misterio y la belleza de un entorno en el que la solidaridad interespecie existe, y que alejarse para no prestar batalla, al igual que el Solitario, puede ser la opción más valiente. Dombodán trama su formación, en buena parte, entre estos dos referentes y los consejos de Estanis, el hombre que le consigue un empleo en el Edén cuando el negocio familiar se viene abajo. Hay verdades, sin embargo, que las intuye en la mirada acuática de su madre, en los actos de rebeldía de su hermana Chelo, en las palabras de una excursionista o en la manera en que Mya, una de las mujeres esclavizadas en el Edén, trabaja junto a él la tierra del huerto. Y el resto se lo dicen los graznidos de los cuervos y el móvil que lleva siempre en la mano, en donde no se cansa de buscar información acerca del Imperio romano.

«Yo pienso que, para él, para Estanis, era como un perro. Me quería como a un perro. Y yo hacía de perro. Es más de lo que puedes esperar de mucha gente. Si eres un buen perro, claro. Yo era su escudero, así decía, en las cacerías. Y me pagaba. Algo pagaba. Dependía del humor. De cómo fuera la caza. “Para ti, para tus gastos”. Un día, espléndido: “Toma, para un móvil nuevo. ¡Ese cacharro echa humo!”. Y yo dije que sí, que gracias, pero no me desprendí del viejo Huawei. Porque yo pienso que el Chisme ya me entiende. Antes de ir yo a la búsqueda, ya está él buscando. Viejo será, pero funciona campo a través, una hora por delante.

Como cuando cerramos la granja, cuando vendimos todas las vacas excepto la Pinta, que se quedó allí, libre de entrar y salir del cubículo al prado, como una mascota de Paipai, como un animal de compañía. Yo, cuando el hundimiento, estaba pendiente de ver lo que decían del Imperio romano, y justo en la pantalla del Chisme apareció Adrianópolis, la batalla decisiva, allí donde el Imperio se fue al carajo. Una avalancha de hambrientos, hombres y mujeres, descalzos, harapientos y mal armados, aplastó a la élite del ejército imperial. Y en Roma, como quien oye llover, todos de after, venga mandanga, venga chunda-chunda. Y ahí puede verse lo que dice en el Chisme un tal Ambrosio de Milán. Que a la gente le parecía estar viviendo el Ocaso del Mundo.» (p. 101).

ESTANIS

Estanis estudió Derecho y antes de terminar la carrera entró a trabajar en una notaría, dispuesto a comerse un mundo que, puede que vaya mal, pero, no le cabe duda, le pertenece. A la granja de Chorima llega para comandar las vidas de Dombo y su familia, empujándolos a tomar decisiones que podrían sentenciar el futuro del clan en la comarca. Las mujeres de la familia miran, sin embargo, con desconfianza a este hombre que, tiempo después, al frente de la batida del Solitario, se revela como un depredador que encarna el machismo y las ansias de dominación, pero también la frustración y el peligroso orgullo herido de los hombres.

«—¡Todavía huele a vivo! —dijo el batidor Donís—. A ver si va a ser como la zorra que se hizo la muerta, y cuando el perro que la tenía apresada por el pescuezo, ya cansado, aflojó y se descuidó, fue ella, lo trincó por los huevos y huyó volando con el aparato entero.

Estanis se acercó al Solitario. Llevaba siempre al cinto un cuchillo de caza. Tenía una hechura de puñal, de doble filo. Pero nunca lo había visto hacer esto así, tan pronto. De repente. Desenfundar y cortarle los testículos al animal.

—¡Se acabó el cuento! —gritó Estanis levantando el puñal y el trofeo—. ¡Tenía unos buenos cojones, carajo! Ahora ya no huele a vivo.

Se acercó a Muriel y le arrojó el despojo a los pies.

—¡Son tuyos, los cojones! Puedes llevarlos a la sobremesa.» (pp. 68-69).

EL DOCTOR MURIEL

El más elegante y el menos hábil de la cuadrilla de cazadores es el propietario de una clínica de cirugía estética. Cliente habitual de una de las mujeres del Edén, ha tenido que pagar el silencio de los otros y algunos asuntos más para mantener intacta su reputación de hombre respetable y buen marido. Pese a su

escasa experiencia como cazador, tiene la suerte de ser el hombre que mata de un disparo al Solitario, un honor, observa Dombodán, con el que no acaba de sentirse cómodo a juzgar por su nerviosismo y el deseo repentino de marcharse a casa.

«El doctor Muriel no apartaba la mirada del Solitario. Como quien espera el pestañeo de un difunto. Incrédulo. Incluso parecía apesadumbrado. Alguien a quien se le va la mano y, sin esperarlo ni quererlo, causa un estrago. Daba una vuelta a la explanada, alrededor del Refugio. Y volvía allí, al lugar donde estaba tendida la pieza, a la sombra del castaño. Era el único aguafiestas. El héroe.» (p. 65).

BRUNO

A la batida también se suma Bruno, un cabo de policía que se deja ver por el Edén y es conocido por todos los cazadores de la cuadrilla. Hombre de muchos rostros, Bruno es un personaje inquietante para Dombo, que intenta no perder detalle de lo que sucede cuando el policía, tras recibir una llamada, abandona el refugio antes de que la batida comience. Para él, salta a la vista, son días tensos desde que el dueño del Edén ha sido detenido y se ha abierto una investigación sobre una red de tráfico de mujeres y la desaparición de una chica.

«Bruno no estaba de uniforme. Cuando vestía de paisano, tenía un cierto aire de animador de despedidas de soltero o de despedidas de lo que fuese. La verdad, yo prefería verlo de uniforme de policía. No es que confiara mucho más en él, pero infundía un respeto. No llevaba gafas de aviador reflectantes, como las de hoy. Y de uniforme le desfilaban mejor las palabras. Como decía el Otro, la primera ley a respetar por un hombre de ley es la ley de la gravedad. Y Bruno, con frecuencia, andaba desorbitado. Sacaba del bolsillo el tarjetero, enfilaba una raya de coca y la jalaba de un golpe.» (p. 119)

EL PILOTO

Junto a Amadeo, un importante constructor, y Melo, secuaz de Estanis y cazador bromista e insaciable, el Piloto completa la cuadrilla. Daniel Aldán es un capitán de yates que ha dado la vuelta al mundo varias veces, pero su apodo se lo ha ganado conduciendo una lancha por la ría y transportando kilos de cocaína. Mientras el grupo espera que la niebla se deshaga, en el refugio de cazadores, el Piloto cuenta sus peripecias marineras y las veces que arriesgó la vida, ignorando que aquel día el peligro acecha en el bosque.

«No sé cómo me dejé enredar. La gente piensa que con un alijo de coca ya haces un monte de dinero sin dar palo al agua. Se metió mucho señorito farolero, mucho fantoche. Esos cabrones no saben ni lo que son los víveres. Y el jefe que nos pusieron tenía solo media nariz de tanto esnifar y lamer culos.» (p. 44)

DUROC

Enfundado en un abrigo de cuero negro y un par de botas altas, la cabeza calva y una cadena gruesa al cuello, Duroc desembarca en la granja de Chorima con la seguridad de aquel que sabe que las tierras que pisa, aunque aún no se hayan vendido, ya le pertenecen. Él tiene el dinero, y los padres de Dombo, la pobreza suficiente para dejarse llevar por la necesidad y las falsas promesas de crecimiento de este hombre que, en boca de Estanis, es un emprendedor con excelente olfato para los negocios. La naturaleza de estos negocios, sin embargo, es algo que el Oficial Mayor evita mencionar, ocultando que Duroc no solo toma posesión de los terrenos, sino también de las vidas de las mujeres que explota en sus locales y que han llegado a Tras do Ceo a través de la red de tráfico de personas en la que está involucrado.

«Cuando nosotros conocimos a Duroc, ya Duroc sabía de nosotros. Como dijo el Otro, ya había tomado posesión. Descubrió Tras do Ceo, y con la colaboración de Estanis, donde había que descubrirla. En los mapas del Catastro y en las fotos aéreas de las inmobiliarias. Nos maravilló ver a nuestro Oficial Mayor desplegar Tras do Ceo en papel, como un atlas, sobre el mantel de hule de la cocina de Chorima.

—¡Esta es la verdadera realidad! —dijo Estanis ante el mapa del Catastro.

Nada de lo que se veía desde la balconada de Chorima estaba allí, pero estar estaba todo. No estaba la nube de estorninos que entraba y salía del panorama, pero sí estaba la exacta geometría de la casa del Bardo Cienfuegos, en Candea, con el jardín de la araucaria donde iba a dormir la tribu de pájaros. Ahí me di cuenta de lo mucho que sabían mis padres y mi padrino Antón. Lo que no te enseñan en la escuela. Sabían los secretos del atlas de Tras do Ceo. Con el acecho de Estanis y Duroc, iban nombrando las tierras y de quién eran. Podía mudar la propiedad, pero mantenían el legado invendible de las palabras silvestres». (p. 79)

LAS EXCURSIONISTAS

Mirta e India son madre e hija. Y dos excursionistas que una mañana de mucha niebla se adentran en el Bosque de los Acebos para cumplir una promesa que Mirta le ha hecho a su hija. Rescatadas por los cazadores que oyen sus gritos de

auxilio, terminan protagonizando una violenta discusión en la que India se muestra francamente crítica con la caza y, atacada verbalmente por Estanis, lo tilda de «cerdo machista». El coste de estas palabras es alto, y una jornada que debería haber consistido en un plácido paseo por la naturaleza se vuelve una persecución pesadillesca.

«Mirta no dejó de sonreír. Me di cuenta de que era un trazo permanente en el rostro. Tenía el cabello muy corto. Sacó un pañuelo de la mochila y se lo colocó en la cabeza y alrededor del cuello a la manera de un foulard.

—Muchísimas gracias por todo. No olvidaremos nunca vuestra ayuda.

Se acercó a mí y me dio la mano, apretando fuerte, con una sonrisa triste, agradecida.

—¡Oye! No creo que sea buena idea lo del Bosque de los Acebos —dijo, de repente, Estanis—. Pensadlo bien. Hoy es un día peligroso para andar por el monte. Y no lo digo solo por la niebla. Estanis tenía el rifle en la mano. Según él, era donde mejor estaba.

—Ya veo —dijo India—. Por lo visto, hay una guerra.

El Otro siempre decía que había dos silencios. El silencio amigo y el silencio mudo. El silencio había dejado de ser amigo.

—Lo que hay es un animal peligroso. Un jabalí asesino. Un criminal. Y además, antes de meteros en el monte deberíais aprender a andar por el monte.

Ella rio, como cuando una película de miedo no mete miedo.

—¡No sabía que había animales criminales!» (p. 60).

MYA

A través de la red de tráfico de mujeres, Mya llega a la comarca o, mejor dicho, al rincón de Tras do Ceo que ella conoce: el club Edén. Amiga inseparable de Stella, otra de las mujeres cautivas, Mya se las ingenia para desobedecer las órdenes de Duroc y, por una vez, conseguir que tanto ella como su compañera, con la inocente ayuda de Dombo, se sientan un poco dueñas de sus vidas. A esta mujer que muchos días se entretiene trabajando la tierra en el huerto del Edén, la desobediencia le cuesta caro y aunque muchos secretos salen a la luz desde su desaparición, su destino es un misterio que solo Dombodán parece conocer.

«Era mi alegría. Mya venía algunas veces y se ofrecía a ayudarme en la huerta.

—¿Qué hago?

Y yo le respondía siempre con la misma broma. Lo que decía mi padrino, el Otro: “Lo malo que tiene la tierra es que está muy baja”. Y tarde o temprano hay que arrodillarse.

Eso también lo decía el Otro.
 —Pues yo no me arrodillo —dijo Mya.
 Ella iba a hacer lo que quisiera.
 Decía que se sentía bien cuando tocaba la tierra. Y sabía tocarla. No cavaba un surco a lo bruto. Hendía con estilo la punta de la azada. Y la tierra se abría.
 Me di cuenta de que a veces venía a la huerta a deshacerse de penas y amarguras. Esgarraba y escupía para hacer estiércol.
 Sí, hacía lo que le apetecía.
 Se entendía con la tierra.» (p. 125)

LA AGENTE

El día que la policía llega al Edén, Dombo se fija en la agente que acompaña al jefe del operativo, una mujer joven con ojos a juego con las luces de emergencia. Dunia Lires, o Luces de Emergencia, como la apoda el chico, está decidida a esclarecer los hechos que han tenido lugar en el club, como la desaparición de Mya. Una vez cerrado el club, ella misma se encarga de que las mujeres indocumentadas que se quedan viviendo allí regularicen su situación y, con su ayuda, puedan construir una pequeña comunidad donde estar a salvo.

«Yo estaba deseando hablarle a Chelo de mi muerta adoptada. Que me aconsejase. Que me acompañase con la policía, con un abogado, con quien fuese.

Un día lo intenté. Por mi cuenta. El hablar con Luces de Emergencia. Tenía la tarjeta con el número telefónico, al lado de la foto, en la cartera. Dunia Lires, de la Unidad de Atención a la Familia y Mujer. Llamaría desde un lugar escondido y con la ubicación desactivada. [...] Por fin, me decidí a llamar. Era ella. Atendió en seguida, como si esperase la llamada desde los tiempos de Alesia. No conté nada, simplemente que quería hablar. No, en comisaría no» (p. 160).

PAIPAI

Hubo un tiempo en el que el padre de Dombo, Eutel, era conocido como uno de los mejores cazadores de Tras do Ceo, pero un día dejó de cazar, nadie sabe muy bien por qué, y le entregó la escopeta a su hijo, y con el arma, una serie de consejos. Las lecciones de Paipai son un valioso legado para Dombo, que mide el mundo y sus amenazas desde este saber heredado aunque, en el fondo, no acabe de estar de acuerdo con su padre. Como patriarca, Eutel ha impuesto su voz en la granja de Chorima pero, a medida que el futuro se muestra más y más incierto, quien mueve en verdad los hilos de sus decisiones es Estanis. Es así como escoge el camino de la venta de tierras y la mecanización de la producción lechera, dos

elecciones que conducen a la granja a una delicada situación económica y, a la vez, dañan la relación con Chelo, su hija mayor. Confinado en casa, moviéndose en una silla de ruedas desde que sufrió un accidente, Eutel continúa intentando descubrir las claves para ganar la batalla cuando, como siempre ha pensado, bajo los pies solo hay un valle de lágrimas.

«Había puesto un paréntesis de silencio en lo relativo a su vida como cazador. Pero ese día de la conversación con el Otro contó una historia. La del lobezno. Habían hecho una montería a la que acudió mucha gente de toda la comarca. No había límite ni perdón. Incluso por ley, hubo un tiempo en que se pagaba por cada alimaña cazada. Y más si era lobo. En la montería, con toda la bulla de gente y perros, Paipai oyó un gemido. No tenía duda. Muy cerca, como venido de la tierra que pisaba. Allí, en un escondite entre raíces de viejos brezos, había un cachorro» (pp. 32-33)

EL OTRO

Tío y padrino de Dombo, Antón, también conocido como el Otro, se ha marchado de Tras do Ceo, ha deambulado por el mundo para ganarse la vida y, sin mucho dinero pero con un buen puñado de anécdotas, ha regresado a casa. Vendedor de enciclopedias, humorista y cantante, llena la infancia de su sobrino con historias donde el saber enciclopédico y las leyendas populares forman una curiosa amalgama. De este personaje insólito, Dombodán aprende muchas cosas, entre ellas a reír y a observar a la naturaleza desde una mirada respetuosa, atenta a la belleza, que tiene poco en común con la de su padre y, aún menos, con la de Estanis y los hombres de la cuadrilla. Hace tiempo que el Otro ya no está entre los vivos, o eso se cree, pero en la figura del viejo Mundi, que vive solo en lo alto del bosque, el chico encuentra la chispa de ingenio y la humanidad que le recuerdan a su tío.

«—¿Y qué tal le fue con las enciclopedias? ¿Vendió alguna, al final? —preguntó Amadeo.

—No creo. Él iba regalando. Un día llegó a Chorima con una gallina piroca debajo del brazo. La había cambiado por un tomo de la enciclopedia. Maimai casi llora. A mí lo último que me enseñó fue que una bala de mi Winchester penetraba hasta la página 365 del tomo. Disparé y así fue. “Esta es la página de la vida”, me dijo. Ahora tenemos las enciclopedias puestas a curar en el piorno, para que les dé algo el aire sin que se mojen.

Sabía todo de todo. Eso no lo dije. Maimai contaba que había leído los setenta y dos tomos de la *Enciclopedia ilustrada*. Que ya había empezado de niño en la casa del Bardo Cienfuegos. Lo que les dije:

—Mi tío sabía cuántos urogallos quedaban. Fue llevando la cuenta hasta que se extinguieron» (pp. 48-49),

MAIMAI

Dombo recuerda a su madre como una criatura anfibia, con las manos siempre mojadas y el brillo acuático en los ojos el día en que Duroc habló de traspasar las tierras. Al igual que mujeres como Silvia, la partera, y Chelo, o figuras como su hermano Antón, Maimai representa otro modo de estar en el mundo, más próximo al afecto y la solidaridad que a una codicia y un afán de dominación que, como ella temía, termina condenando a su granja, una forma de vida, a la extinción.

«Maimai decía: “Una cosa es ser pobres y otra ser pobrecitos”.

Y ella esto lo decía muy en serio para que no se lo llevase el viento. Le venían estos pensamientos cuando abría el grifo del agua en el lavadero o después de encender el fuego en el lar, musitando llama a llama. Era algo que nunca dejó de hacer. El tener esa lumbre encendida, la del lar o la de la cocina de hierro. Fuego para calentarse cuando venía el frío. Para conversar. Para acompañarse. Tenía también la cocina nueva, con el fuego azul del butano, para hacer de comer a diario» (pp. 75-76).

CHELO

Con sus tatuajes, su carácter fuerte y el deseo de convertir Chorima en una granja ecológica, Chelo se rebela ante el padre y corta lazos con su hogar, emprendiendo la búsqueda de un lugar propio en un mundo donde considera que hay mucho que cambiar. Su hermano Dombo la ha mirado siempre con una combinación de curiosidad y deseo, y ella ha impuesto una distancia afectiva que por fin comienza a acortarse el día en que la pandemia la trae de regreso a casa y entre las mujeres del Edén encuentra el amor y también la oportunidad de construir una sociedad algo mejor.

«La había dejado el coche de línea al lado del cruce. Había enviado un mensaje de que iba a volver, por fin, sin fecha. Y así llegó, cuesta arriba, con la misma mochila de siempre. Pero era otra. Parecía que había perdido medio cuerpo por el mundo y que le había crecido la cabeza. La traía rapada. Era de piel muy blanca. Recuerdo de niño, y todavía más después, de adolescente, como un hermano furtivo, aquella mezcla de maravilla y perturbación cuando la veía desnuda. Las venas como regatos azules hilados por el cuerpo. Yo quería apartar la mirada, pero

los ojos no querían. Un día estaba sentada en su cama, miraba un libro, descuidada, el vestido desabotonado, caído de los hombros, y yo quedé fascinado con aquel paisaje, aquella piel de nieve, el cordal de huesos, el devalar de los ríos. Algo notó, porque volvió la cabeza de repente y me clavó la mirada.

—Y tú ¿qué miras?

Yo, mirar, miraba para ella. Hechizado» (p. 157).

LA NIÑA ABRIL

Hija de Stella y el doctor Muriel, Abril nace gracias a un acto de rebeldía: el de su madre y Mya, que desobedeciendo a Duroc, deciden que Stella no aborte y formar juntas una pequeña familia. La niña llega un día de tormenta, trayendo consigo la espontaneidad, la libertad y la esperanza a una tierra donde desde hace mucho tiempo no hay nacimientos. A reír aprende en brazos de Mya, pero cuando ella desaparece, Chelo se convierte en una figura maternal para Abril que, de la mano de su padrino Dombo, descubre los secretos de la naturaleza y, al igual que él, es inocencia y, a la vez, pura clarividencia.

«Cuando marchó Dunia, con la sombra de Bruno el Cenizo detrás, la niña Abril fue avisando a todo el mundo, también a los animales:

—¡Dunia me contó un secreto!

—Pues no lo cuentes —dijo Chelo.

—Sí, pero me dijo que este era un secreto para contar.

La niña Abril había nacido como una inesperada. Y esa era su manera de estar en el mundo. Por eso toda la gente se ponía a la escucha cuando decía que tenía algo que anunciar. Esperaban lo inesperado.

—El secreto es que tenemos que tener mucho cuidado. ¡Mucho!» (p. 199)

EXTRACTOS POR TEMAS

A LA CAZA DE LA BESTIA Y DEL HOMBRE

«El Solitario era un asesino. Pero, además, era un animal. Y eso lo hacía más temible. Yo mismo tenía esa sensación cuando leía las notas del suceso en el Chisme. Todas las fotos que aparecían en las noticias eran de jabalíes gigantes y alguno albino, con unas defensas como dagas en la boca. Eso sí, la mayoría eran fotos de animales abatidos. Son retratos atroces, como cuando en la pantalla muestran una ejecución, en las películas o en los lugares donde todavía ejecutan. No se ve al verdugo, así que todo el mundo teme a quien va al patíbulo. Los ejecutados meten mucho miedo.

Después de tanto frotar en el Chisme, tengo mi teoría. Hay noticias importantes que chispean un momento y luego caen como piedras en un pozo. Pasa como con las cifras astronómicas, que los ojos se desinteresan. Como decía el Otro, el que sabe medir bien es el egoísta: cuando uno muere, muere todo. La de la muerte de Roi Vello fue

una noticia que corrió como un rayo. Cada vez que frotaba en el Chisme, todo se había multiplicado. Y fermentaba. El jabalí asesino pesaba al principio unos cien kilos, pero fue creciendo y creciendo hasta llegar a los ciento ochenta. Las defensas medían alrededor de los diez centímetros. Poco después, eran navajas con una hoja de veinticinco. Y el relato de lo que pasó en el monte entre Roi Vello y el Solitario se hacía cada vez más emocionante. El verdadero cazador era el jabalí. Su ataque había sido una emboscada» (p. 24).

«—¿Hablas en serio? ¿Es eso lo que os enseñan ahora en la facultad? ¿Los derechos de los animales?

—¿Por qué no? Sería lo justo. Una acusación, una defensa... Pero no lo vais a matar por asesino. Ni por necesidad. Lo vais a matar por salvaje, por ser libre. Lo vais a matar porque os gusta matar. Estáis en guerra. Tiene que haber un enemigo. Si no es otro hombre, es un animal. No sabéis estar de otra manera» (p. 62).

«El instinto, lo que fuese, tiraba de él. El desquite lo orientaba. Llegó pronto a la vieja calzada y cogió empuje en la cuesta marcando el paso y desprendiendo ráfagas de arena y guijas que me hacían sentir, y el desánimo pesaba, como un mulo arrastrado.

Todo estaba saliéndome mal. Me sentía muy pegado a la tierra. Oí musitar en la memoria la voz del Otro: “No somos del lugar donde nacemos, somos del lugar donde padecemos”» (p. 188).

EL OCASO DEL MUNDO

«Fue como una señal. Una agitación contagiosa. Vernos por última vez en blanco y negro a la luz marchita de aquella lámpara fatigosa que exasperaba hasta a las mariposas de la noche. Una electricidad invencible, incesante, insonorizada se disponía a entrar en Chorima para cambiarlo todo. Mi padre hacía suyo el plan de Estanis con tanto convencimiento que nos sorprendía con iniciativas que nuestro Oficial Mayor ya había puesto antes en marcha. Incluso cambió la forma de hablar. El vocabulario de Chorima. Nada de abandono. Nada de vacío rural. Nada de emigrar como los antepasados. “¿De dónde eres?”. “¿De donde nos echan!”.

Eso se iba a acabar. Al contrario. Tras do Ceo sería la nueva Tierra Prometida.

Nuestro petróleo estaba aquí. Sí, “petróleo” fue lo que dijo Estanis.

El petróleo eran las tierras. Ese suelo fértil para el que antes solo se presagiaba un destino de tierra baldía. Una invasión de maleza. Porque más pronto que

tarde nos marcharíamos. Generación tras generación. Se marcharon a América. Se marcharon a Europa. Se marcharon a Baracaldo y a Barcelona. Se marchaban a limpiar las oficinas de la City de Londres y los hoteles de Canarias. Se marchaban a encofrar en las altas estaciones alpinas. O a poner la mesa en los grandes cruceros.

Quizás el nuestro ya sería el último éxodo» (p. 78).

EL JARDÍN DEL EDÉN

«Yo, mi propio murciélago, volvía con las membranas desgarradas. Batía en todos los espantapájaros de Tras do Ceo. Y cada uno de ellos, espetados en la tierra, tenía un rostro conocido. Yo, el murciélago, fui a engancharme en las antenas de los televisores muertos.

Y cuando me desprendí, fui a batir contra el neón verde del Edén.

Sentí el grajeo confidencial de los dos cuervos. También agradecí esa reserva, que no cantasen ni pregonasen el escándalo de estar un calamitoso durmiendo a la intemperie y emporcado en el propio vómito. Los animales, creo, no tienen a los humanos en mucha consideración. Excepto aquellos a los que tenemos encadenados y cautivos, por las buenas o por las malas, andan siempre huyendo de nosotros. No hay más que ver cómo nos miran las vacas, y eso que son las más pacientes. Como los bueyes. Obedecen, pero no dan el consentimiento. Mucho he mirado a las vacas, desde niño. Y luego en la granja. Y puedo asegurar una cosa: confianza, cero. Y los pájaros,

si supiesen que los escuchamos, no cantarían. Quiero decir que no cantan para nosotros. Un atardecer de otoño, con el cielo incendiado de rojo Oeste, nos dijo el Otro a mí y a Chelo: “Venid, vamos a escuchar la mejor orquesta del mundo”. Nos extrañó que, así como así, echase a andar. No, no se trataba de ir a ninguna fiesta ni charanga. Nos llevó no muy lejos, a lo desconocido. A uno de esos caminos hondos donde ya nadie lamenta las distancias. Nos quedamos quietos. El camino hondo era ahora una especie de coro. Nunca habíamos oído nada igual. Cantaban los mirlos, creo que todos los mirlos de Tras do Ceo, y cantaban ebrios de madroño, enebro y rojo Oeste» (116-117).

«Uno de mis trabajos era el de ser centinela de las zarzas. Mantenerlas a raya. Se abren paso de un día para otro. Enraízan incluso en las juntas de las piedras. En las grietas de las paredes. En los bordes de las losas de los muertos. Como decía el Otro, quienes mejor se buscan la vida en Tras do Ceo son las zarzas.

Las amontonaba, las zarzas, en una de mis ofensivas por el lado salvaje del Edén. En lugar de venir del jardín, de la parte luminosa, como solía, esa vez Mya surgió de la negra sombra. Fue la primera vez que pensé en que se había metido un chute. Por el andar tan calmo, como

si pisara descalza las hojas para escucharlas crepitar. Por la mirada. Demasiado serena, demasiado intensa.

Agarró por el extremo grueso uno de los tallos de zarza, lo fue enrollando con tiento, como una artesana de púas, hasta formar una bola espinosa. Y luego otro, alrededor de ese núcleo. Y otro. Y otro. Más que ser un peligro, las espinas envolvían, prendían y daban consistencia.

Ese día, por vez primera, me llamó por mi nombre.

—Mira, Dombodán. ¡La esfera del mundo!» (p. 126).

«En el Confinamiento, y en los años que siguieron hasta hoy, el Edén fue un refugio. Para las personas. Pero también, como diría mi padrino, para la otra gente. Las aves, los animales, los bichos todos, parecía que llamaban los unos a los otros. Incluso en el contorno, como quien viene a curiosear, se veía de vez en cuando al Divagante, al nuevo Solitario, a la cierva Aleixada, la que atropelló algún bruto en un tanque 4x4 que ni se detuvo. La Aleixada sobrevivió tullida, y con tres piernas es el animal más veloz de Tras do Ceo. Llegaron inmigrantes, como los vencejos que anidaron en las cornisas aprovechando el calor de los tubos de neón de la fachada. Exiliados, como también el enjambre de abejas que se fue a posar en el cerezo.» (pp. 197-198)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Dombodán es el narrador y uno de los protagonistas de una novela donde hay crímenes, secretos y varios enigmas. ¿Cómo es su voz? ¿Y cómo es el mundo a través de su mirada? ¿Dirías que se trata de un narrador fiable?
2. Dombo ha crecido entre dos referentes masculinos: su padre y su padrino Antón. ¿Qué rol desempeña cada uno de ellos? ¿Y qué tipo de saberes le transmiten al chico? ¿Por qué siente tanto apego por el Otro?
3. Pensando en Eutel y el Otro, ¿se trata de figuras opuestas o entre ellos hay más rasgos en común de lo que parece? ¿Cada uno representa un tipo de masculinidad y, en consecuencia, un modo de relacionarse con la naturaleza? ¿Y cómo encajan en la comunidad de Tras do Ceo?
4. El padre y el padrino constituyen dos figuras fundamentales para Dombo, pero a través de la granja y, más tarde, de su trabajo en el Edén, va trabando relación con otros hombres. ¿Cómo es el vínculo con Estanis? ¿Por qué tanto Dombo como su padre acceden a cumplir las órdenes de Estanis? ¿Cuál es el significado que adquiere este personaje en la novela?
5. Estanis lidera una cuadrilla de cazadores que están relacionados entre sí por diversos negocios en Tras do Ceo. Además de los negocios, ¿qué une a estos hombres? Siguiendo las conversaciones que tienen mientras preparan la batida, ¿comparten entre sí valores o un mismo modo de entender el mundo? ¿Cómo es el clima que se respira en el refugio la mañana de la batida?
6. Aquella mañana, los cazadores tienen un único objetivo: el Solitario. Entre lo que Dombo sabe acerca del jabalí y las historias que circulan,

¿qué sucede? ¿Cómo retrata la prensa a este animal? ¿Qué lo convierte en un monstruo? ¿Sus actos o lo que proyecta en él la mirada humana? ¿Y qué nos dice la novela acerca de la manera en que la sociedad concibe a los animales?

7. Además del Solitario, en la novela encontramos cuervos, lobos, urogallos, perros, caballos y vacas, entre otras especies. ¿Cuál es el lugar que ocupan los animales en la historia? ¿Cómo se relacionan entre sí los humanos y los seres no humanos? ¿En la novela existen diversas posturas respecto al vínculo entre especies? ¿Cuáles son?
8. En la novela, un animal desempeña un papel protagónico y se habla de depredación, de cacerías y de la extinción de especies. En la batida se reúnen varios hombres que vienen en su mayoría de ambientes urbanos, pero ellos no son los únicos cazadores de una novela que se remonta a un pasado rural donde la caza era una actividad habitual. Según la novela, ¿existen diferentes modos de entender y practicar la caza? ¿La caza significa lo mismo en manos de Estanis o de personajes como Eutel o Roi Vello? ¿Diríais que la novela condena la actividad en sí o hace, más bien, una crítica respecto al modo en que muchas veces se practica?
9. Dombo ha aprendido muchas cosas de su padre y de su tío, pero gracias al móvil del que nunca se desprende puede saberlo todo acerca de su gran obsesión: el Imperio romano. ¿Qué sentido cobra esta obsesión en la novela? ¿Por qué la metáfora de la guerra es un elemento recurrente en boca de hombres como Eutel, Estanis o el propio Dombo?
10. A través de una extensa galería de personajes masculinos, *Detrás del cielo* abre una reflexión alrededor de la manera en que los hombres conciben el mundo, y acerca también de las diferentes repercusiones que tiene, tanto para la naturaleza como para la sociedad, la hegemonía de una perspectiva patriarcal y antropocentrista. Al lado de las figuras masculinas, ¿cuál es el papel que tienen las mujeres en la novela? ¿Cuáles son los saberes que ellas comparten y transmiten?

11. Tomando a personajes como Chelo, Mya o Silvia, ¿cómo es la relación de las mujeres con la tierra? ¿Desde qué lugar se acercan a la naturaleza y qué buscan en ella?
12. El Otro es un personaje insólito que añade humor a una novela teñida de negro. Él, sin embargo, no es la única nota de comicidad a lo largo de una obra en la que no faltan los chistes y las bromas. ¿Quiénes hacen uso del humor en la novela? ¿Y cuál es la función de los chistes, las bromas y ocurrencias? ¿Es siempre la misma o hay muchos tipos de humor que provocan diversos efectos?
13. El Solitario, cuenta Dombo, es un animal que deja al grupo y escoge la soledad. No es el único solitario en una novela donde algunos animales y humanos, como el viejo Mundi, eligen no vivir en comunidad. ¿Qué motiva esta elección? ¿Cuál es la reflexión que se hace acerca de la soledad? ¿Y qué supone la vida en comunidad?
14. Bajo el neón y el paradisíaco nombre del club Edén se esconde un infierno de explotación sexual, abusos y violencia. Tras la detención de Duroc, sin embargo, en este lugar se opera un cambio. ¿Cuál es la transformación del Edén? ¿Qué valores reaparecen en este espacio cuando las mujeres forman una comunidad? ¿Y qué sucede con la naturaleza que rodea al local cuando éste es clausurado y comienza el confinamiento?
15. *Detrás del cielo* es un noir que, a través de la historia de una cacería y una serie de crímenes, indaga en muchos aspectos oscuros de nuestra sociedad y de un medio ambiente que se enfrenta a su destrucción. ¿La consideraríais una novela pesimista? ¿O, por el contrario, es una obra que permite pensar en un cambio hacia modelos sociales más respetuosos con el planeta y las diversas formas de vida?

EL AUTOR



© Anna Serrano

MANUEL RIVAS nació en A Coruña. Desde muy joven trabajó en prensa y sus reportajes y artículos están reunidos en *El periodismo es un cuento* (1997 y 2015), *Mujer en el baño* (2003) y *A cuerpo abierto* (2008). Una muestra de su poesía está recogida en la antología *El pueblo de la noche* (1997), *La desaparición de la nieve* (2009) y *Lo que queda fuera* (2023). Como narrador, obtuvo, entre otros, el Premio de la Crítica española por *Un millón de vacas* (1990), el Premio de la Crítica en gallego por *En salvaje compañía* (1994), el Premio Nacional de Narrativa por *¿Qué me quieres, amor?* (1996), el Premio de la Crítica española por *El lápiz del carpintero* (1998) y el Premio Nacional de la Crítica en gallego por *Los libros arden mal* (2006), considerada como

una de las grandes obras de la literatura gallega y elegida Libro del Año por los libreros de Madrid. En 2012, Alfaguara publicó sus cuentos reunidos bajo el título *Lo más extraño*. Otros libros del autor son las novelas *Todo es silencio* (2010), finalista del Premio Dashiell Hammett de novela negra, y *El último día de Terranova* (2015); la narración autobiográfica *Las voces bajas* (2012); los libros de poemas *A boca da terra* (2015) y *O que fica fóra*, Premio de la Crítica gallega 2023; los volúmenes de relatos *Vivir sin permiso y otras historias de Oeste* (2018) y *La tierra oculta* (2023), y los ensayos eco-literarios *Contra todo esto. Un manifiesto rebelde* (2018), y *Zona a defender* (2020). La novela *Detrás del cielo* (2024) es su última obra publicada.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Rivas es un clásico indiscutible».

The Scotsman

«Manuel Rivas es un narrador importante porque es sensible y tiene un oído increíble que, en su ficción, está aliado con una gran integridad».

John Berger

«Rivas desvela el alma de los espacios, lo que guardan o contienen en tanto que expresión de emblema del carácter de un pueblo».

Ana Rodríguez Fischer, *Babelia*

«Un autor que sabe cómo introducir la poesía no solo en sus frases, sino también en su manera de ver el mundo».

Raphaëlle Rérolle, *Le Monde*

«Uno de los escritores que mejor nos han contado este lado del Oeste».

Javier Rioyo, *El Boomeran(g)*

«*Los libros arden mal* es una novela excepcional escrita por un autor excepcional».

The Independent

«He aprendido más de la Guerra Civil española leyendo *El lápiz del carpintero* de Manuel Rivas que en todos los libros de historia».

Günter Grass, Premio Nobel de Literatura

«Rivas nunca pierde la fe en la capacidad humana para superar la más sombría de las situaciones».

The Irish Times

